



“El retorno de los desterrados”

p. 353-392

Mario Ramírez Rancaño

La reacción mexicana y su exilio durante la Revolución de 1910

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Instituto de Investigaciones Sociales/Miguel Ángel Porrúa

2002

472 p.

Cuadros

(Las Ciencias Sociales, Segunda década)

ISBN 970-701-213-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/396/reaccion_mexicana.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



CAPÍTULO XVI

El retorno de los desterrados

AL MOMENTO de dejar el país, los mexicanos supusieron que su destierro sería temporal y que todo era cuestión de días. Personas como Eduardo N. Iturbide, Aureliano Urrutia y Toribio Esquivel Obregón salieron solos, dejando a sus familias en México. Otros, salieron del país con la familia completa. Para la mayoría de ellos, el destierro resultó una agonía amarga y difícil. José López Portillo no la soportó y al año regresó a México, afrontando el riesgo de su ejecución. Como se ha visto, se presentó ante las autoridades carrancistas, las cuales le perdonaron la vida y lo amnistiaron. Pero ante la ejecución de Alberto García Granados, otros se vieron obligados a soportar con amargura el destierro. Al momento de expedirse la nueva Constitución Política, era claro que Carranza se había consolidado en el poder, y que a los desterrados no les quedaba más que doblar las manos, aceptar que su causa estaba perdida, y que si querían regresar a México, debían aceptar que las cosas habían cambiado.

Entre 1914 y 1920, hubo personas dispuestas a volver a México, pero no a cualquier precio. Querían volver a su patria con la garantía de que su vida sería respetada, con dignidad, y sin tener que rebajarse ni pedir perdón. Para mediados de 1917, circuló en San Antonio, Texas, el rumor de que Salomé Botello, ex gobernador de Nuevo León, y ex secretario de Industria y Comercio, se había acogido a la amnistía otorgada por el gobierno a algunos huertistas, y que preparaba su regreso a México. Inmediatamente, Salomé Botello rectificó, y dijo que la noticia era falsa. Que la amnistía era una ofensa para una persona que, como él, ningún delito había come-

tido. De cualquier forma, enfatizó que tarde o temprano volvería a su patria. El arzobispo Mora y del Río expresó estar dispuesto a volver a México, pero con las debidas garantías a que tenía derecho todo ser humano; el obispo Ignacio Valdespino dijo no saber quién había difundido la versión de que el episcopado volvería a México perdonado por Carranza. Él, como lo habían expresado otros exiliados, afirmó que México era su patria, que eran mexicanos, y que tenían derecho a regresar. Pedir permiso, era perder su dignidad y su decoro personal. El obispo Miguel de la Mora, opinó que la amnistía era una medida destinada a perdonar a los delincuentes, lo cual no era propio de ellos. Lo que ellos pedían eran garantías, lo cual era una cosa distinta.⁷³⁶

Pero el tiempo dobló el orgullo de muchos mexicanos que inicialmente se resistían a pedir autorización a Carranza. Al despuntar el año de 1919, llegaron a las oficinas de la presidencia de la república, un número creciente de peticiones de mexicanos que vivían desterrados en Estados Unidos, Cuba, Guatemala y Europa, pidiendo autorización para volver. La mecánica se repetía en la secretaría de Relaciones Exteriores, en la de Gobernación y en los consulados. Al mismo tiempo, los familiares y amigos de los desterrados llevaban a cabo un peregrinar de una oficina a la otra, abogando por los suyos. En su mayor parte, afirmaban haber sido ajenos a los asesinatos de febrero de 1913, y que habían abandonado el país ante las versiones alarmistas que por entonces circularon, acerca de que la revolución castigaba a quienes no se le habían unido desde el principio.⁷³⁷

Pero el mayor esfuerzo en favor del retorno de los desterrados fue llevado a cabo por el senador Carlos B. Zetina. En septiembre de 1919 abogó por expedir una amplia amnistía para “todos aquellos

⁷³⁶H. Medina, subsecretario de Relaciones Exteriores, pide a los cónsules de los Estados Unidos, elaborar informes sobre los expatriados para determinar si se les permitía volver a México. Véase AHSRE, L-E-866.v.2 y la *Revista Mexicana*, núm. 94, 24 de junio de 1917.

⁷³⁷*Revista Mexicana*, núm. 49, 13 de agosto de 1916, el núm. 86, 22 de abril de 1917, el 159 del 22 de septiembre de 1918, el 183 del 9 de marzo de 1919, el 184 del 16 de marzo de 1919, el 190 del 27 de abril de 1919, el 207 del 24 de agosto de 1919, y el 213 del 5 de octubre de 1919. Asimismo, *El Universal*, 30 de julio de 1918 y 6 de enero de 1919.

hermanos” mexicanos que vivían en el destierro, y que no eran criminales. A su juicio, era urgente que regresaran para colaborar en el engrandecimiento de la patria. Pero había otra razón de fondo: todo mexicano honorable expatriado, con su sola existencia en calidad de paria, era un desprestigio para el gobierno mexicano. Acto seguido, presentó un proyecto de ley al Congreso de la Unión, pidiendo su inmediata aprobación.⁷³⁸ Pero el problema era determinar a quiénes debía beneficiar tal ley, y a quiénes no. En los altos círculos del poder, ganaba fuerza la idea de dejar que regresaran aquellos mexicanos ajenos a la Decena Trágica y al asesinato de Madero y Pino Suárez. La lista podía fijarse en el centenar de personas, pero también aumentarse al millar. Al discutirse quiénes debían ser incluidos en la lista, las cosas se complicaron. Con los intelectuales no había mayor problema, ya que a los ojos de todo el mundo, quitándoles sus foros de expresión, eran inofensivos. Pero con los militares, las cosas eran distintas, y persistía cierto temor. Hubo quienes propusieron excluir de la ley de amnistía a quienes habían hecho labor de franca sedición en el extranjero.⁷³⁹

Luis Cabrera se opuso a expedir la citada ley, argumentando que los desterrados eran partidarios de la restauración de la Constitución de 1857 y del antiguo régimen.⁷⁴⁰ Finalmente, las discusiones se alargaron y, por una u otra razón, jamás se dictó ley de amnistía alguna. Pero a pesar de las objeciones de Luis Cabrera y de otros políticos de su misma filiación, muchos desterrados ya estaban regresado a México. Las gestiones de amigos y familiares rindieron sus frutos. Uno a uno, los mexicanos desembarcaban en el puerto de Veracruz, o cruzaban la frontera del río Bravo y del Suchiate, para volver a la patria. La única restricción que se les impuso fue aceptar la nueva Constitución Política. En este contexto, un factor inesperado facilitó su retorno. El país había entrado en franca ebullición electoral, y algunos candidatos, en particular Álvaro

⁷³⁸*Revista Mexicana*, núm. 211, 21 de septiembre de 1919 y *El Universal*, 9 de septiembre de 1919.

⁷³⁹*El Universal*, 19 de febrero de 1919.

⁷⁴⁰*El Universal*, 10 y 11 de septiembre de 1919.



Obregón, no sólo buscaba apoyo interno, sino que había prestado atención a los desterrados e incluso se había contactado con algunos de ellos, como José Vasconcelos.⁷⁴¹ Al momento del derrocamiento de Carranza, Adolfo de la Huerta abrió definitivamente las puertas a casi todos los mexicanos.

LOS EX PRESIDENTES DE LA REPÚBLICA

MUERTO Carranza, en noviembre de 1920 el ex presidente de la república, Francisco Lagos Cházaro regresó a México gracias a la generosidad del presidente Adolfo de la Huerta. A mediados de noviembre fue ubicado en un tren que viajaba rumbo a Torreón. La prensa trató de entrevistarlo, pero el ex presidente se rehusó cortésmente. Presionado por los reporteros, dijo que se dirigía a la ciudad de México, en donde pensaba radicar. Luego de realizar determinadas gestiones, viajaría a Veracruz para indagar la suerte de sus propiedades. Pero contra lo que había dicho, no continuó su viaje, sino que se bajó del tren y se alojó en el hotel Saint Francis. En Torreón expresó que volvía del destierro, vía Nueva Orleans y Laredo, y que había cruzado la frontera sin dificultad alguna. Su plan era dedicarse a su profesión abogado y emprender algún negocio que le proporcionara los medios necesarios para vivir.⁷⁴² Pero volvía a México, un tanto resentido puesto que algunos amigos le habían informado que su rancho en Veracruz, herencia de sus padres, había sido destruido por los partidarios de Carranza y de Cándido Aguilar. Al ser entrevistado, se hallaba junto con el general zapatista Alfredo Serratos, quien también acababa de regresar del destierro en Ohio, Estados Unidos.

En agosto de 1919, el presidente de la república francesa, M. Raymond Poincaré, le confirió la medalla de la Gratitud Pública, a Francisco León de la Barra, como reconocimiento a su calidad de

⁷⁴¹El cónsul José María Arredondo al subsecretario de Relaciones Exteriores, Douglas, Arizona, 2 de abril de 1920, en el AHSRE, L-E-866 R. En este comunicado le hace ver que los obregonistas estaban invitando a los exiliados a unirseles en su lucha contra Carranza.

⁷⁴²*Excelsior*, 14 y 17 de noviembre de 1920, *El Universal*, y 14 y 17 de noviembre de 1920.



abogado consultor de los países aliados, durante las Conferencias de Paz en la primera guerra mundial, junto con otros prominentes juristas.⁷⁴³ Reacio a los gobiernos emanados de la revolución, León de la Barra no quiso volver a México y permaneció en el destierro. Vivió de su profesión de abogado, en el suroeste de Francia. Era un hombre muy inteligente, según recuerda uno de sus amigos. Los franceses lo respetaban mucho. León de la Barra falleció a los 75 años, en un hospital de Biarritz. Varios de sus hijos habían muerto jóvenes y tuberculosos a lo largo del exilio.⁷⁴⁴

En octubre de 1917, circuló la noticia de que Carranza se oponía a que Pedro Lascuráin volviera a México.⁷⁴⁵ Seis meses más tarde, se dijo que había dejado Estados Unidos y regresado al país, en un tren de pasajeros el cual pasó por San Luis Potosí rumbo a la capital de la república.⁷⁴⁶ Pero la prensa solía dar esta clase de noticias, en ocasiones sin mayor fundamento, con fines de provocación. De cualquier forma, tarde o temprano, todos los ex presidentes de las república vivientes, incluidos, Francisco S. Carbajal y Roque González Garza, regresaron.⁷⁴⁷ Los restos de Porfirio Díaz permanecerían en el cementerio de Montparnasse, en París, y los de Victoriano Huerta, en El Paso, Texas. Para finales de 1919, Eulalio Gutiérrez seguía levantado en armas, en una zona conocida como “Charcos de Risas”, en Coahuila, apoyado por algunos de sus hombres. Justo cuando arengaba a su gente, fue observado por unos pastores quienes lo escucharon decir que atacarían San Pedro de las Colonias. De inmediato, los pastores acudieron ante las autoridades para delatarlo y el general Cesáreo Castro se dispuso a combatirlo.⁷⁴⁸

⁷⁴³ *Revista Mexicana*, núm. 207, 24 de agosto de 1919.

⁷⁴⁴ Carlos Tello Díaz, *op. cit.*, p. 395.

⁷⁴⁵ Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 501.

⁷⁴⁶ *El Universal*, 31 de marzo de 1919. Para noviembre de 1920 había vuelto a México y fue llamado por el juez sexto de Distrito Supernumerario para que declarara cuál había sido su participación en la decena trágica. Véase a Alfonso Taracena, *LVRM (1918-1921)*, pp. 294-295.

⁷⁴⁷ Sobre Roque González Garza, véase la *Revista Mexicana*, núm. 159, 22 de septiembre de 1918.

⁷⁴⁸ *El Universal*, 7 de noviembre de 1919. Otras referencias sobre sus actividades aparecen en la *Revista Mexicana*, núm. 5, 10 de octubre de 1915 y en *El Universal*, 10 de febrero de 1919.

EL EPISCOPADO

DESDE ANTES de que se dictara la nueva Constitución Política, varios prelados regresaron a México sin la anuencia de Carranza. Se ha mencionado que ya estaban en México, ocultos o sujetos a vigilancia gubernamental, el obispo Maximino Ruiz, el obispo Herrera y Piña, y el arzobispo José Mora y del Río. Al obispo de Chiapas, Maximino Ruiz, se le permitió volver a su diócesis en enero de 1917. Al obispo de Tulancingo, Herrera y Piña, se le dio permiso para permanecer en México, con la condición de que no se acercara a su diócesis. En junio de 1918, violó este acuerdo y apareció en Pachuca. Al enterarse de ello, el gobernador le reiteró que no era una persona grata, y que abandonara de inmediato la entidad.⁷⁴⁹ En noviembre de 1918 Carranza permitió el retorno del obispo de León, Emeterio Valverde y Téllez.⁷⁵⁰ El obispo de Tehuantepec, Ignacio Placencia, regresó en marzo de 1919, causando inusitado regocijo entre la feligresía católica.⁷⁵¹ En julio de 1919, Ignacio Montes de Oca, radicado en España, solicitó permiso al gobierno para regresar a su diócesis en San Luis Potosí. Al tener respuesta positiva, Ipanandro Acaico, seudónimo que utilizaba el prelado, anunció que dejaría la península ibérica rumbo a México, previa escala en Estados Unidos.⁷⁵²

LA MISIÓN BURKE

PERO EL retorno del episcopado se facilitó cuando el Papa Benedicto XV intervino ante el gobierno mexicano para resolver este problema que tanto le preocupaba. El día 20 de enero de 1919 llegó a México el cardenal E. A. Burke, procedente de Toronto, Canadá. Se trataba nada menos que del comisionado papal, quien se alojó en uno de los principales hoteles de la ciudad de México, registrán-

⁷⁴⁹ *Excélsior*, 1o. y 15 de junio, y 8 de julio de 1918, la *Revista Mexicana*, núm. 150, 21 de julio de 1918 y *Excélsior*, 14 de febrero de 1919.

⁷⁵⁰ Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. I, p. 442.

⁷⁵¹ *El Universal*, 25 de marzo de 1919.

⁷⁵² *El Universal*, 26 de julio de 1919.

dose como un banquero inglés, lo que en principio impidió conocer más detalles de su misión. Días más tarde, se hizo público que traía la autorización del Papa Benedicto XV, y de la Iglesia católica inglesa, estadounidense y canadiense, para conocer la verdadera situación de la Iglesia católica en México. Como era previsible, se entrevistó en varias ocasiones con Carranza para comunicarle el motivo de su viaje, la preocupación papal sobre la Iglesia católica mexicana, los deseos de los prelados desterrados por volver a sus diócesis, y aclarar la situación de aquellos que habían regresado a México sin autorización oficial.⁷⁵³

Para monseñor Burke era vital desentrañar la verdadera naturaleza del conflicto entre la Iglesia y el gobierno mexicano, ya que en Estados Unidos y en otras partes del mundo, circulaban las consabidas dos versiones. Una que expresaba que en 1914 la Iglesia se entrometió en asuntos políticos, dejando de lado su sagrado ministerio. La otra, que al estallar la revolución, y sin razón aparente, el gobierno carrancista había desatado una desenfrenada persecución contra el clero y la religión misma. Al parecer, la primera versión era la comúnmente aceptada por el Vaticano y el gobierno estadounidense. En virtud de ello, resultaba crucial la visita de monseñor Burke a México, puesto que al concluirla, informaría tanto a los dignatarios de la Iglesia católica de Estados Unidos como de Inglaterra.⁷⁵⁴ Pero lo más importante, haría un informe detallado al Papa de su misión.

En principio, Burke gestionó ante Carranza la amnistía para los arzobispos Martín Tritschler, Eulogio Gillow, Francisco Orozco y Jiménez, Francisco Plancarte y Navarrete, Francisco Mendoza y Herrera, Leopoldo Ruiz y Flores, y el obispo de San Luis Potosí, Ignacio Montes de Oca.⁷⁵⁵ Otro de los puntos tratados consistió en solicitar autorización a Carranza para que los prelados que ya habían regresado, sin el permiso oficial, como Mora y del Río, no fueran molestados. Carranza escuchó a Burke y le expresó que los

⁷⁵³ *El Universal*, 7 de febrero de 1919 y Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. I, p. 443.

⁷⁵⁴ *El Universal*, 8 de febrero de 1919.

⁷⁵⁵ *El Demócrata*, 13 de febrero de 1919.

prelados mexicanos estaban en completa libertad de regresar al país, gozando de los mismos derechos y prerrogativas de cualquier ciudadano. Después de esto, Burke habló con José Mora y del Río para comunicarle el éxito de sus gestiones, e hizo lo mismo con los prelados que permanecían en Estados Unidos.⁷⁵⁶

Después de casi un mes de permanecer en México, monseñor Burke viajó al puerto de Veracruz, en un tren con dormitorio, acompañado de un banquero de El Paso, Texas, de nombre McCullough, una delegación de sacerdotes y algunas otras personas. Por orden de Carranza, el coronel Enrique Segura llevaba la encomienda de atenderlos. Antes de abordar el barco rumbo a Nueva York, Burke dijo que su misión había sido todo un éxito y que había logrado conciliar los intereses entre la Iglesia y las autoridades. En Chicago informaría a monseñor Kelley y a los miembros de la *Extension Society*, de los resultados de su gestión, y luego tomaría el barco rumbo a Roma para hacer lo mismo ante el Papa Benedicto XV.⁷⁵⁷ Apenas arribó a Nueva York, Burke fue visitado por Orozco y Jiménez para conocer en detalle el resultado de sus gestiones. Burke le hizo ver que, independientemente de que hubiera razón o no, la Iglesia debía flexibilizar su postura ante Carranza, ya que de lo contrario no habría solución al conflicto. También le hizo ver que los arzobispos y obispos más duros e intransigentes, tenían que moderar sus puntos de vista. Al enterarse de ello, Orozco y Jiménez se indignó, y propaló que Burke era más carrancista que Carranza.⁷⁵⁸

En el ínterin, el Papa Benedicto XV le pidió directamente a José Mora y del Río que reasumiera sus funciones eclesiásticas en la arquidiócesis de México.⁷⁵⁹ José Mora y del Río dejó su escondite

⁷⁵⁶ *El Demócrata*, 12 de febrero de 1919.

⁷⁵⁷ *El Universal*, 15 de febrero de 1919. Como corolario de lo expuesto, en agosto de 1919, Robert H. Murray, un corresponsal del diario *The World*, editado en Nueva York, aseguró que monseñor Burke se había entrevistado en diversas ocasiones con Carranza, para arreglar en forma definitiva las diferencias entre la Iglesia y el gobierno mexicano. Al decir de monseñor Burke, Carranza accedió a que regresaran a su patria los obispos desterrados, siempre y cuando observaran ciertas normas. Por su parte, el gobierno mexicano aceptó suavizar algunas leyes que afectaban los derechos de las agrupaciones religiosas. Citado por Alfonso Taracena, *LVRM (1918-1921)*, p. 135.

⁷⁵⁸ Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. 1, p. 447.

⁷⁵⁹ *El Universal*, 31 de enero de 1919.



y reapareció públicamente el 5 de febrero de 1919. Su reaparición causó asombro entre los centenares de católicos que acudieron a la misa celebrada en la catedral de la ciudad de México, con motivo de las fiestas de San Felipe de Jesús. Terminada la misa, Mora y del Río dio la bendición papal y se retiró. Algunas personas trataron de hablar con él, pero se excusó y se retiró de la catedral. Inmediatamente se hizo del conocimiento público, que Antonio J. Paredes había dejado de ser el jefe de la iglesia mexicana.⁷⁶⁰

Durante el mes de marzo de 1919, monseñor Burke rindió su informe ante los funcionarios del gobierno estadounidense. En Washington expresó, que después de hablar en México con extremistas y moderados, quedó convencido de que Carranza debía seguir gobernando, ya que no existía otro partido o personaje que ofreciera las mismas garantías a la población. Después hizo un llamado a todos los amigos de México, a los amigos de la ley y del orden, para que se agruparan en torno a Carranza, ya que era la única persona capacitada para llevar a feliz término la obra patriótica de reconstruir el país. Finalmente, aseguró que Carranza arreglaría todo en México: la cuestión de las tierras, del petróleo, y de la Iglesia.⁷⁶¹ Pero sus simpatías hacia Carranza molestaron a los miembros del episcopado aún desterrados. Varios rechazaron lo que consideraban imprudentes declaraciones, y expresaron que volverían a México, cuando ellos lo decidieran y acordaran.⁷⁶²

EL RETORNO DE LOS PRELADOS

DE CUALQUIER forma, a partir de los convenios firmados por Burke, los arzobispos se dispusieron a regresar. Bajo este contexto el segundo arzobispo en regresar a México fue Francisco Mendoza y Herrera. El 10 de abril de 1919 la prensa hizo público su arribo a Durango, y que con este motivo reinaba gran júbilo entre la pobla-

⁷⁶⁰Berta Ulloa, "La lucha armada (1911-1920)", en *op. cit.*, pp. 1164-1165.

⁷⁶¹*Revista Mexicana*, núm. 206, 17 de agosto de 1919 y *Excélsior*, 26 de febrero de 1919.

⁷⁶²*Revista Mexicana*, núm. 209, 7 de septiembre de 1919.

ción católica.⁷⁶³ El tercer arzobispo en recuperar su arquidiócesis fue Martín Tritschler. Tal como se ha advertido, Martín Tritschler salió de Yucatán rumbo al exilio en La Habana en donde se encontró con el ex gobernador Olegario Molina. Desde septiembre de 1914 y hasta 1918, entabló una fuerte campaña contra Salvador Alvarado, debido a su postura anticlerical. La tensión entre ambos cedió en febrero de 1918, cuando el procónsul carrancista entregó el poder y abandonó la península. En los meses siguientes, las autoridades locales fueron más flexibles y autorizaron el regreso de los clérigos, incluyendo al propio arzobispo Tritschler quien lo hizo el 12 de mayo de 1919.⁷⁶⁴ El cuarto arzobispo fue Francisco Plancarte y Navarrete, cuya sede era Linares. El 7 de mayo de 1919 abandonó Chicago, y a mediados de este mismo mes, después de un exilio de más de cinco años, llegó a Monterrey.⁷⁶⁵

Sólo quedaban en Estados Unidos Francisco Orozco y Jiménez, Leopoldo Ruiz y Flores, y Eulogio Gillow, que representaban la línea dura. El primero de ellos estaba acusado penalmente de sedición en Jalisco, el segundo no aceptaba las condiciones fijadas por Carranza, y el tercero, estaba profundamente dolido de la naturaleza de la Revolución mexicana. En virtud de ello pasarían tres meses para que los dos primeros aceptaran regresar. A finales de junio, Leopoldo Ruiz abandonó Chicago y se dirigió a San Antonio, Texas, en donde declaró a la prensa que estaba listo para pisar suelo mexicano y hacerse cargo de su arquidiócesis. Al igual que sus compañeros, aseguró que no se mezclaría en asuntos políticos, y que se dedicaría exclusivamente a sus labores ministeriales. En San Antonio, se reunió con Francisco Orozco y Jiménez, ambos tramitaron sus pasaportes y finalmente el 2 de agosto abordaron el tren, siendo despedidos por Kelley y Burke. No se sabe si Gillow fue contactado, o si puso objeciones para su regreso a México, pero en todo caso permaneció en Estados Unidos.

⁷⁶³ *El Universal*, 11 de abril de 1919.

⁷⁶⁴ Hernán Menéndez Rodríguez, *op. cit.*, pp. 397-398.

⁷⁶⁵ *El Demócrata*, 17 de mayo de 1919 y Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. I, p. 452.

Al llegar a Monterrey los dos arzobispos se despidieron.⁷⁶⁶ Ruiz y Flores permaneció aquí todavía más de un mes, supuestamente para arreglar asuntos personales, aunque en realidad se resistía a aceptar las restricciones fijadas por el gobierno.⁷⁶⁷ Mientras tanto, en Michoacán se anunciaba su inminente regreso, atribuyéndolo a las gestiones de millares de católicos.⁷⁶⁸ Finalmente, el 7 de septiembre de 1919, a bordo de un tren que pasó por Acámbaro, el arzobispo Ruiz entró triunfal a la ciudad de Morelia. Las calles fueron adornadas y el pueblo concurrió en masa a recibirlo a la estación del ferrocarril. Su arribo constituyó un verdadero acontecimiento entre una sociedad que profesaba la religión católica.

En lugar de dirigirse a Guadalajara, Francisco Orozco y Jiménez abordó el tren rumbo a la ciudad de México. A principios de octubre se supo que el juez de distrito, iba a dictar su fallo en el proceso que se le seguía por los delitos de “traición a la patria y rebelión”. El propio gobierno federal recomendó a las autoridades jaliscienses, desistirse de tales acusaciones, y en contrapartida, el prelado prometió respetar la ley y la Constitución general de la república. En el ínterin, Orozco y Jiménez permaneció en la capital de la república, sin que el gobierno federal lo hostilizara. Superados los obstáculos legales, el 9 de octubre de 1919, Orozco y Jiménez abordó el tren en la estación de Buenavista con destino a la ciudad de Guadalajara. Viajaba sin temor alguno puesto que el juez de distrito había declarado la prescripción de la acción penal en su contra.⁷⁶⁹ Sobra decir que la feligresía le preparaba una magna recepción. Casi en todo el trayecto, desde la ciudad de México hasta la capital tapatía, fue objeto de aclamaciones. Al llegar a Guadalajara, el entusiasmo era delirante al grado que Orozco y Jiménez difícilmente se podía abrir paso entre la muchedumbre que lo acompañó hasta la catedral en donde se celebró un *Te Deum*.⁷⁷⁰

⁷⁶⁶ Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. 1, pp. 453 y 455.

⁷⁶⁷ *Ibidem*, p. 456.

⁷⁶⁸ *Excélsior*, 2 de julio de 1919.

⁷⁶⁹ Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. 1, pp. 459 y 462, *El Demócrata*, 10 de octubre de 1919 y *Excélsior*, 15 de octubre de 1919.

⁷⁷⁰ Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. 1, pp. 462-463 y 465 y *El Demócrata*, 9 de octubre de 1919.

Finalmente, el séptimo arzobispo en regresar a México fue Eulogio Gillow. Desde mediados de 1918 circularon informes de que residía en Los Ángeles, California, y eventualmente en Nueva York, sin mezclarse en política, y alejado de los exiliados tanto civiles como militares y religiosos, y que estaba haciendo gestiones para regresar a México.⁷⁷¹ La afirmación de que no se metía en política era cierta, ya que no firmó ningún documento o protesta contra el gobierno de Carranza, ni contra la Constitución, ni formó parte de las juntas revolucionarias creadas tanto en Estados Unidos como en La Habana. Pero también se difundió otro rumor: que Gillow substituiría a Mora y del Río al frente de la arquidiócesis de México. Esto tuvo como fundamento el hecho de que Gillow viajó a Roma para entrevistarse con el Papa Benedicto XV, y ahí discutieron los problemas que Mora y del Río tenía con Carranza para que le otorgara la amnistía.⁷⁷² Como se ha adelantado, finalmente Mora y del Río logró la autorización de Carranza para permanecer en el país y recuperar su arquidiócesis. Gillow permaneció en el exilio hasta 1921, cuando Álvaro Obregón ya era el presidente de la república. Para entonces el arzobispo tenía 80 años de edad, y al regresar a México, lo primero que hizo fue entrevistarse con Obregón. Un año después murió, en Ejutla, Oaxaca, predicando contra los males del socialismo.⁷⁷³

En 1920, el obispo Ignacio Montes de Oca y Obregón vivía en Roma, en calidad de residente de la Academia Eclesiástica de Nobles. Deseoso de regresar a la patria, salió para España y tomó

⁷⁷¹ *El Demócrata*, 9 de junio de 1918.

⁷⁷² *El Demócrata*, 10 de junio de 1918 y *El Demócrata*, 11 de junio de 1918.

⁷⁷³ Manuel Esparza, *Gillow durante el porfiriato y la revolución en Oaxaca*, pp. xxix, 154, 185-186 y Manuel Esparza, "Eulogio Gillow un obispo terrateniente que se opuso a la revolución", en Carlos Martínez Assad (coord.), *op. cit.*, p. 156. Para septiembre de 1919 se resucitó un viejo proyecto: el de que México tuviera un cardenal. Ya en 1909, Roma escogió a Gillow para ser el primer cardenal no sólo de México, sino de América Latina, pero como Díaz no dio su anuencia, el proyecto se canceló. Ahora, una vez que la mayor parte de los arzobispos y obispos habían vuelto al país y reasumido sus funciones religiosas, se rumoraba que en el consistorio que se iba a celebrar en el Vaticano a finales del año, sería nombrado un cardenal mexicano. Se aseguraba que Mora y del Río y Gillow se preparaban para viajar a Roma, y que eran los candidatos más viables para recibir el capelo cardinalicio. A final de cuentas ni Mora del Río ni Gillow fueron investidos como cardenales.

un vapor en el puerto de Cádiz. Desembarcó en Nueva York el 12 de agosto de 1921, muy enfermo, y seis días más tarde falleció. Su cadáver fue embalsamado celebrándose las solemnes exequias de cuerpo presente en la catedral de San Patricio. Por unos días, sus restos mortales fueron depositados en el cementerio del Calvario de Brooklin, y luego se les condujo en tren especial a San Luis Potosí. Su cadáver fue puesto en un sarcófago que el mismo prelado mandó a construir ex profeso para ser sepultado.⁷⁷⁴

UNA CARTA PASTORAL CONTRA LA CONSTITUCIÓN DE 1917

DESDE mediados de noviembre de 1919, en plena campaña para las elecciones presidenciales, comenzó a circular el rumor de que los arzobispos y obispos mexicanos, harían del conocimiento público una pastoral para explicar su conducta, observada durante el destierro. Efectivamente, el 23 de noviembre, los ocho arzobispos, 18 obispos, más dos vicarios capitulares, hicieron pública la pastoral, pero no para explicar su conducta política reciente, ni la que seguirían en el futuro, sino para fijar su posición frente a la propiedad privada, la justicia social, el socialismo y el comunismo. Apoyándose en diversas encíclicas, reafirmaron varias cosas. Primero: que el Pontífice León XIII, autor de la *Rerum Novarum*, al plantear la “cuestión social”, de ninguna manera aconsejaba subvertir el orden establecido. En segundo lugar, rechazaron el artículo 27 constitucional, por su índole confiscatoria, reafirmando su respeto irrestricto a la propiedad privada. Como se sabe, el citado artículo de la Constitución, dejaba en claro que tanto el suelo como el subsuelo, y todo lo que este último contenía, pertenecía originariamente a la Nación, lo que había dado lugar a que los grupos petroleros extranjeros hablaran de que Carranza había montado un sistema de gobierno comunista o socializante que desconocía la propiedad privada. Asimismo, los prelados mostraron su marcado rechazo al artículo 123.

⁷⁷⁴Emeterio Valverde Téllez, *op. cit.*, t. II, pp. 101-102.

Ciertamente que no cuestionaron cada uno de los incisos del citado artículo, pero sugirieron que había otras vías para mejorar la condición miserable de los obreros y campesinos. A su juicio, bastaba con que el rico practicara la caridad. Mediante esta fórmula simple, tanto el rico como el pobre, tendrían abiertas las puertas del paraíso y del reino de los cielos. Destacaron que no eran partidarios de la lucha de clases, ni de la formación de sindicatos, aumentos desmedidos de los salarios, o la reducción de la jornada de trabajo. Por sobre tales cuestiones, estaba la unión entre los patrones y los obreros, la armonía entre el capital y el trabajo, fórmulas únicas y verdaderas para lograr el bienestar de todos los mexicanos. Finalmente, hicieron un llamado a los trabajadores mexicanos para que cerraran filas contra las ideas bolcheviques, que a su juicio se extendían como una maldición por todo el mundo.

Llama la atención que tales críticas a algunas medidas de política económica y social del gobierno revolucionario, no las hicieran de manera frontal, sino disfrazadas, aprovechando la efervescencia provocada por la revolución rusa. Seguramente, el episcopado calculó tanto la forma como el momento para definirse políticamente. Estimaron que en caso de provocar una reacción gubernamental, podrían apelar a la encíclica *Rerum Novarum* que desde hacía casi tres décadas había atacado tanto al socialismo como al comunismo, asegurando que eran incapaces de resolver el complejo “problema social”.⁷⁷⁵ Detrás de la pastoral, también estaban las viejas ideas del arzobispo de Oaxaca, Eulogio Gillow, quien al estallido de la revolución se significó por ser un acérrimo enemigo del socialismo. Cabe señalar que en sus orígenes, la *Rerum Novarum* no sólo estaba contra el socialismo y el comunismo, sino también contra el liberalismo, al que calificaba de explotador y rapaz, pero en esta ocasión los arzobispos ignoraron a este último. En forma inteligente, la cúpula de la Iglesia católica no tocó los artículos 3o., 5o., 30 ni el 130, de la Constitución, que les imponía fuertes restricciones. Como la pastoral no rechazaba abiertamente la Constitución Política, no hubo respuesta y pasó desapercibida. Quienes sí se dieron por alu-

⁷⁷⁵ *El Universal*, 23 de noviembre de 1919.



dados, fueron los trabajadores organizados, pero a final de cuentas nada pasó.

EL EJÉRCITO FEDERAL

EN UN libro publicado por Antimaco Sax en 1916, se registran ataques muy severos contra los altos mandos del ejército federal. A su juicio, después del licenciamiento del ejército, ningún general se rebeló contra el nuevo orden de cosas, criticaba que algunos se hubieran dedicado a descansar, otros a emprender negocios particulares, olvidando que un buen número de ellos, estaban reducidos a la pobreza. Como se ha visto, Antimaco Sax no tenía razón. Desde 1915 hubo varios intentos por recuperar el poder político en México, aunque a partir de la expedición de la nueva Constitución Política, sus posibilidades de éxito se vieron reducidas. A partir de entonces, un buen número de militares consideraron que si realmente deseaban regresar a México, no había otro camino más que pedir autorización a Carranza. Negarse a ello, significaba permanecer en el destierro y ahí morir, como efectivamente sucedió en varios casos. Pero pedir permiso y regresar a México no fue fácil. Estuvieron expuestos a las críticas y acusaciones por su pasado huertista, felicista, al ostracismo y al olvido. Nadie les reconoció su labor al servicio de las administraciones pasadas, y murieron sumamente amargados, al igual que muchos intelectuales.

En septiembre de 1918 un grupo de ex federales hizo gestiones para volver al país. Enviaron un memorial a Carranza en el cual afirmaban que su situación económica era desesperada, y que como miembros de extinto ejército federal, ninguna culpa tenían en lo sucedido en febrero de 1913. No se difundieron sus nombres, pero se afirmaba que se trataba de personas que alcanzaron relieve durante el gobierno de Huerta.⁷⁷⁶ Un año más tarde, el general Benjamín Bouchez, alto funcionario de la Secretaría de Guerra, expresó que varios oficiales del extinto ejército federal habían vuelto y, lo

⁷⁷⁶*El Universal*, 23 de septiembre de 1918.

más sorprendente, habían sido readmitidos en el nuevo ejército mexicano. La justificación dada por el citado funcionario, fue que el gobierno consideró prudente reincorporar a todos aquéllos que habían prestado eminentes servicios a la nación, a condición de que su hoja de servicios no estuviera manchada con los sucesos del cuartelazo de la Ciudadela.⁷⁷⁷

En los altos círculos del poder, siempre hubo gran preocupación por el zapatismo. Como el caudillo suriano se negaba a someterse al gobierno, se consideró prudente montar un complot para atraparlo o asesinarlo. Se analizaron una serie de escenarios posibles, y en 1917, los subalternos de Carranza enfocaron sus miras hacia los desterrados. Se planeó entrar en tratos con uno de ellos y facilitarle su retorno, a cambio de ejecutar la delicada tarea que consistía en capturar o asesinar a Emiliano Zapata y, si era posible, también a Félix Díaz. En esto estuvieron de acuerdo Carranza y los altos mandos militares. Después de analizar a los candidatos potenciales, se eligió a uno, llamado Manuel Sosa Pavón. En el historial del llamado general Manuel Sosa Pavón, figuraba haber sido zapatista y luego felicista. Al momento que Félix Díaz abandonó el país, Sosa Pavón se dirigió a Chiapas y cruzó la frontera para internarse en Guatemala. Con el tiempo, deambuló por la región centroamericana, asentándose en El Salvador. Como el destierro le resultó pesado, siempre anheló regresar a México.

En 1917 se encontró con el general Emilio P. Campa, a quien le narró que su madre estaba enferma y que le urgía regresar a México. El general Campa lo puso en contacto con el cónsul mexicano en El Salvador, de nombre Jorge León, quien se ofreció a gestionarle la amnistía ante el gobierno de Carranza, e incluso reconocerle su grado militar. Le dio el dinero necesario para cubrir sus gastos de viaje, le aconsejó disfrazarse y utilizar el nombre de Manuel Parra, prometiéndole que Carranza lo recibiría personalmente, para encomendarle una “delicada misión”. Inmediatamente tomó el barco “City of Para” rumbo a Manzanillo. De ahí, continuó por tren hacia la capital de la república, a donde llegó en vísperas de las fiestas

⁷⁷⁷ *El Universal*, 12 de septiembre de 1919.

patrias. Se alojó en un hotel mientras que un capitán le arreglaba la entrevista con el presidente. A fin de cuenta, el coronel Alberto Salinas Carranza lo llevó ante Venustiano Carranza. Éste lo recibió de pie, y al notar que iba disfrazado, le ordenó que se quitara los anteojos para conocerlo bien. Sosa Pavón obedeció, y el presidente le dijo con voz pausada, que fuera al campo morelense, aparentando ser enemigo del gobierno, para que aprehendiera o acabara con Emiliano Zapata. Carranza le prometió que si cumplía con esta comisión, le reconocería su grado militar, el de los suyos, y lo recompensaría con creces.

Sosa Pavón bajó la cabeza, y tras una breve reflexión, expresó:

Señor presidente: Yo me comprometí desde El Salvador a colaborar con su gobierno, a ponerme a sus órdenes, pero nunca se me habló de tal comisión”. Agregó que: para salir del paso, podría fingir cumplir con tal misión, pero francamente, no la ejecutaría. Prefiero hablarle a usted con la ruda franqueza de un soldado y revolucionario. Al general Emiliano Zapata le debo mi personalidad militar, y, además, es mi amigo, por lo que yo le ruego me exima de esta comisión con la seguridad de que estoy absolutamente a las órdenes de usted, para desempeñar cualquier otra que usted me ordene.

Carranza no se molestó y repuso: “Bueno ¿podrá usted aceptar igual comisión con respecto a Félix Díaz?” Sosa Pavón contestó: “Sí señor presidente; para eso sí estoy a sus órdenes.”

Carranza le tendió la mano y ordenó al coronel Alberto Salinas Carranza que lo llevara a la Secretaría de Guerra y Marina, para arreglar todos los detalles del asunto.

Pero Sosa Pavón le empezó a dar largas al asunto para no cumplir. Aunque lo más curioso, fue que se dio a querer. Por ejemplo, Salinas Carranza lo llevó de visita a la fábrica de armas y cartuchos de la Ciudadela; el gerente de fletes y pasajes del Ferrocarril del Sur, lo atendió a cuerpo de rey en sus viajes, y el coronel Paulino Fontes, gerente del Ferrocarril Mexicano, lo acompañó a



Veracruz.⁷⁷⁸ Total, que durante algunos meses vivió a costa del erario, fingiendo cumplir con su misión. Al darse cuenta Carranza que Sosa Pavón era un vivales, dictó la orden de aprehenderlo. En febrero de 1918 varios agentes de policía lo capturaron justo cuando llegaba su domicilio, y lo condujeron a la Inspección General de Policía. De ahí, salió a la penitenciaría. Pero luego de estar un año encerrado, se fugó durante una diligencia y nadie supo cuál fue su paradero.

Otros militares volvieron porque estaban mal de salud. El caso típico es el de José Refugio Velasco. Al salir rumbo al destierro, este general se dirigió a Europa. Para enero de 1915, vivía en Los Ángeles, California, de donde ya no se movió. La *Revista Mexicana*, órgano de los expatriados en San Antonio, Texas, hizo saber en febrero de 1919, que el citado general había regresado a la ciudad de México, provocando múltiples comentarios entre los antiguos miembros del extinto ejército federal. Algunos críticos suspicaces dijeron que les sorprendían las facilidades que el gobierno de Carranza le había dado para su regreso, que les resultaba extraño que un Carranza tan radical y rencoroso con los antiguos federales, se hubiera ablandado con José Refugio Velasco.⁷⁷⁹ Por supuesto, no faltaron quienes dijeron que le estaban pagando viejos favores que hizo a los constitucionalistas. Para rechazar tentaciones y conservar la unidad, los miembros del antiguo ejército federal expatriados reafirmaban que era su obligación guardar lealtad al Ejército Reorganizador, con Félix Díaz a la cabeza. ¿Por qué esto? Porque a la ahora del triunfo, el ejército felicista sería la base del futuro ejército nacional. En realidad, José Refugio Velasco regresó a México porque estaba sumamente delicado de salud. Prueba de ello, fue que a escaso un mes de su arribo a la ciudad de México, falleció. El 27 de marzo, en plena madrugada, dejó de existir. En el destierro le apareció un mal cerebral, y al enterarse, sus familiares gestionaron ante Carranza su retorno a México. Los médicos hicieron toda clase

⁷⁷⁸*Excelsior*, 13 y 14 de febrero de 1918, y *El Universal*, de las mismas fechas.

⁷⁷⁹*Revista Mexicana*, núm. 181, 23 de febrero de 1919.



de esfuerzos para salvarle la vida, pero finalmente fueron inútiles.⁷⁸⁰

Otro caso lo fue el del oroquista Emilio P. Campa, quien previa autorización del gobierno, en 1919 regresó a México. Llama la atención que el gobierno lo tratara muy bien e inmediatamente lo designara jefe de las Operaciones Militares en el estado de Veracruz. Pero estaba demasiado viejo y enfermo. En la primera semana de marzo de 1920, falleció. La jefatura de la guarnición de la plaza de la ciudad de México dispuso tributarle los honores correspondientes. Al mismo tiempo se trató de limpiar su imagen, expresando que se trataba de un ferviente revolucionario que se sumó al movimiento encabezado por el extinto presidente Francisco I. Madero, y que a la postre prestó importantes servicios a la Revolución.⁷⁸¹

El general José Alessio Robles volvió del destierro, sólo para morir asesinado por el también general Jacinto B. Treviño, un prominente carrancista. La versión de los hechos resulta nebulosa. Tiempo atrás, ambos personajes habían tenido un fuerte altercado en el Café Colón, el cual terminó con la mediación de varios amigos de ambos generales. Días después, con motivo de ataques mutuos en la prensa, el general Alessio Robles le envió como padrinos suyos a los diputados Jesús Z. Moreno y Gustavo Padrés, para invitar al general Treviño a resolver el asunto por medio de un duelo. Jacinto B. Treviño, en aquel entonces, secretario de Comercio, rehusó el lance, ya que su estilo era otro.

En las últimas horas de la tarde del 9 de agosto de 1921, José Alessio Robles acudió a las oficinas de la Secretaría de Relaciones Exteriores, para tratar diversos asuntos, y una vez concluidos, abordó su automóvil y se enfiló por la Avenida Reforma y luego por Insurgentes, hacia el sur de la ciudad de México. Lo que ignoraba era que el general Jacinto B. Treviño había montado un comando armado para asesinarlo. En un automóvil Dodge Brothers, Jacinto B. Treviño, acompañado de un hermano, del capitán Adolfo López Malo, de su chofer Felipe González, y de un oficial de aviación de

⁷⁸⁰*Excelsior*, 9 y 26 de febrero de 1919 y *El Universal*, 28 de marzo de 1919.

⁷⁸¹*El Universal*, 7 de marzo de 1920 y Alfonso Taracena, *LVRM (1918-1921)*, p. 182.

apellido O'Neill, lo siguieron calculando el momento exacto para cumplir con su cometido. Al aproximarse a la calle de Nápoles, Treviño y sus secuaces hicieron los primeros disparos para matar por la espalda a Alessio Robles. Como no lograron su cometido, Treviño ordenó a su chofer que acelerara, rebasara al Buick y se le pusiera por delante, para impedir que continuara avanzando. La maniobra fue tan brusca que el coche de Treviño se subió a la banqueta y tiró un árbol. Enseguida, Jacinto B. Treviño y dos de sus acompañantes, bajaron del automóvil e hicieron fuego sobre Alessio Robles. Ya muerto este último, Treviño abrió la puerta del automóvil, tomó la cara de Alessio Robles y le dio un par de bofetadas. Luego en tono triunfal dijo: "Ya matamos a éste." Acto continuo, para desorientar a la policía, Treviño le quitó la pistola a su víctima y le puso la suya.

Concluida su obra, Jacinto B. Treviño manifestó a los policías que acudieron al lugar de los hechos, que él había sido el victimario, y que sólo daría cuenta a sus superiores. Y efectivamente, sin dejar que lo aprehendieran, subió a su automóvil y junto con los miembros de su comando, se dirigió a la octava comisaría. Ahí, el general Treviño dio su versión personal de los hechos. Dijo que el general Alessio Robles publicó en *El Universal* una serie de opiniones que el carrancista consideraba injuriosas. Que como no le gustaba aceptar duelos, buscó el apoyo de varios amigos para que lo acompañaran a desquitarse. Cumplida esta parte del plan, se dio a la tarea de cazarlo por las principales calles de la ciudad de México. Dijo que al ubicarlo, lo encaró y le pidió se disculpara. En lugar de ello, recibió varios disparos a quemarropa, sin ser tocado. Acto continuo, sacó su pistola y liquidó a su enemigo, el cual quedó dentro de su automóvil. Nadie creyó su versión puesto que Jacinto B. Treviño iba acompañado de un comando armado, y siguió a su víctima desde el Paseo de la Reforma hasta el sur de la ciudad de México. El cuerpo de la víctima tenía ocho disparos.⁷⁸²

⁷⁸²La narración completa del asesinato aparece en *El Universal*, 9 de agosto de 1921 y *Excelsior*, 9 de agosto de 1921. La versión de Jacinto B. Treviño, aparece en sus *Memorias*, México, Orión, 1961, pp. 168-169. También se puede consultar en Alfonso Taracena, *LVRM (1918-1921)*, p. 357 y Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VII, México, Conaculta, 1996, p. 32.

Con Félix Díaz, el Plan de Agua Prieta funcionó en forma inversa. Esto es, para volver al exilio. John W.F. Dulles expresa que cuando cayó Carranza, Félix Díaz estaba en el puerto de Veracruz. Apenas se enteró del lanzamiento del citado plan, solicitó una entrevista con el comandante del lugar, el general Guadalupe Sánchez, a quien le pidió que lo hiciera prisionero, para así terminar su carrera de rebelde. Pero impuso sus condiciones: pidió un millón doscientos ochenta mil dólares al gobierno, a cambio de deponer las armas y abandonar el país. ¿Por qué esta cantidad? Porque a su juicio, a ella ascendían las pérdidas sufridas en sus intereses y propiedades durante la revolución. Por instrucciones de Plutarco Elías Calles, Guadalupe Sánchez hizo los preparativos para montarle un consejo de guerra a este partícipe de la Decena Trágica. Cuando todo hacía suponer que el sobrino de don Porfirio iría al paredón, intervino el presidente Adolfo de la Huerta para detener el juicio y permitirle salir del país vivo y salvo, además de darle 10,000 dólares para sus gastos.⁷⁸³ Luis Liceaga afirma que Félix Díaz no aceptó dinero alguno, pero que de cualquier forma salió desterrado.⁷⁸⁴ Como años atrás, Félix Díaz se estableció en Nueva Orleans, olvidándose para siempre de sus aspiraciones presidenciales. Sus aliados en la Decena Trágica morirían uno a uno, excepto Cecilio Ocón, con el cual se reunió varias veces en Estados Unidos. Regresó a México hasta abril de 1937, en pleno régimen cardenista. Murió en 1945, justo cuando concluyó la primera guerra mundial.⁷⁸⁵

Al fracasar en su misión en Guatemala, Félix Díaz destituyó a Luis Medina Barrón, lo que no impidió que continuara en sus filas. Como era un hombre de acción, en octubre de 1918 abandonó Estados Unidos para luchar en suelo mexicano contra Carranza, operando en el altiplano, sobre la vía del ferrocarril interoceánico, al frente de unos 400 hombres.⁷⁸⁶ En noviembre de 1919, Félix Díaz lo designó jefe de la División del Centro que comprendía los estados de Zacatecas, Guanajuato, Aguascalientes, y jefe interino

⁷⁸³ John W.F. Dulles, *Ayer en México*, México, FCE, 1985, p. 71.

⁷⁸⁴ Luis Liceaga, *op. cit.*, p. 643 y Alfonso Taracena, *LVRM (1918-1921)*, pp. 276-277.

⁷⁸⁵ Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 617, 625, 641, 643, 659, 869 y 875.

⁷⁸⁶ *Ibidem*, pp. 465, 505, 509.

del Occidente que abarcaba Jalisco, Colima, Michoacán y el Territorio de Tepic.⁷⁸⁷ Con motivo del Plan de Agua Prieta, fue el enlace entre Félix Díaz y Álvaro Obregón, para amnistiarse y deponer las armas.⁷⁸⁸ En los años veinte, Medina Barrón figuraba como miembro del nuevo ejército revolucionario, junto con Juan Andrew Almazán. Fue de los pocos generales anticarrancistas que se reincorporaron al nuevo régimen.

El general Luis Emeterio Torres, con una larga carrera política desde los inicios del porfiriato, formando parte del triángulo político basado en Ramón Corral y Rafael Izabal, se exilió en Los Ángeles, mezclándose en diversas conspiraciones. Como no acumuló bienes materiales ni fortuna, para sobrevivir se desempeñó como inspector del ferrocarril de Atcheson Topeka y Santa Fe, hasta su muerte acaecida en 1935, a la edad de 91 años.⁷⁸⁹

Joaquín Cazarín Guerra, que de general del ejército federal se sumó al villista, a finales de 1916 apareció en La Habana, y se ignora cuál fue su destino. En principio, el general Gustavo Salas se radicó en Estados Unidos, pero a finales de 1915 se trasladó a La Habana, de donde ya no se movió. En abril de 1916 su salud de vio deteriorada y fue víctima de una aguda peritonitis. Al ex subsecretario de Guerra lo agobiaban los problemas económicos, acentuados por su debilidad física y una aguda melancolía. Finalmente, fue operado en el Sanatorio de Jesús del Monte, en La Habana. Para su fortuna, se recuperó de sus males y a finales de 1919 seguía viviendo en esa ciudad.⁷⁹⁰

Carlos García Hidalgo vivía en marzo de 1916 en La Habana, pero luego salió de allí sin saberse cuál fue su destino. Manuel M. Guasque apareció en 1915 en Estados Unidos y, al año siguiente, en La Habana. Manuel Landa vivió en Estados Unidos y en 1919 dirigía la Asociación Unionista Mexicana, una de tantas organi-

⁷⁸⁷ *Ibidem*, p. 591.

⁷⁸⁸ *Ibidem*, pp. 617-619.

⁷⁸⁹ Francisco R. Almada, *La revolución en el estado de Sonora*, México, INEHRM, 1971, pp. 13-17 y 53.

⁷⁹⁰ Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 246, 296, 344-46, 348, 507 y 626.

zaciones anticarrancistas, cuya sede estaba en El Paso, Texas.⁷⁹¹ Joaquín Maass, vivía en 1917 en La Habana y al parecer tampoco se movió de esta ciudad durante el resto del carrancismo. Eugenio Rascón vivió en Estados Unidos, vinculado fuertemente al movimiento felicista. Por tales razones, fue común que viajara tanto a La Habana, como a Belice y Guatemala. Guillermo Rubio Navarrete se radicó en La Habana. En varias ocasiones viajó a Estados Unidos, pero finalmente regresó. Se convirtió en una de las cabezas del grupo de los exiliados en Cuba.

A varios miembros del extinto ejército federal, la muerte los sorprendió en el destierro y no pudieron volver a la patria. Sin considerar los nombres de los generales Porfirio Díaz, Victoriano Huerta y Pascual Orozco, cuando menos otros cuatro fallecieron, con la particularidad de haber sido gobernadores. Uno de ellos fue el general Rómulo Cuéllar, ex gobernador de Guanajuato, quien deambuló por varias ciudades estadounidenses, buscando sobreponerse a su edad, a sus males, a la soledad, pero finalmente la muerte lo venció, y en mayo de 1916 fue sepultado en Nueva Orleans.⁷⁹² Tres meses más tarde siguió sus pasos el coronel Miguel Ahumada, que fue gobernador de Chihuahua y Jalisco.⁷⁹³ En mayo de 1917, fallecieron en San Antonio, Texas, con un breve intervalo de tiempo, los generales Juvencio Robles y Manuel Gordillo Escudero.⁷⁹⁴ Robles había salido de México en el “City of Tampico” y la historia lo registra como un personaje siniestro, culpable de la represión de los zapatistas.⁷⁹⁵ En La Habana, hubo otro general que también perdió la vida. Se trata de Prisciliano Cortés, ex gobernador de Yucatán. En la primera semana de agosto de 1916, visitó a uno de sus hijos en su casa, se sintió mal, le sobrevino una arcada de sangre y se vació por la boca, hasta que expiró. ¿Aneurisma o hemoptisis?⁷⁹⁶

⁷⁹¹ Sobre la Asociación Unionista Mexicana, véase los informes de Carlos Contreras al secretario de Relaciones Exteriores fechados el 13, 26 y 27 de enero de 1919, en el AHSRE, L.-E804, legajo 2, y Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 575.

⁷⁹² *Revista Mexicana*, núm. 39, 4 de junio de 1916.

⁷⁹³ *Revista Mexicana*, núm. 53, 10 de septiembre de 1916.

⁷⁹⁴ Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 469.

⁷⁹⁵ *Revista Mexicana*, núm. 91, 3 de junio de 1917.

⁷⁹⁶ Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 390.

A ellos se podrían sumar personajes demasiado estigmatizados por la ideología de la Revolución mexicana, que jamás pudieron regresar del destierro. El 25 de junio de 1922, Manuel Mondragón, abatido por el declive de su causa y la desintegración de su familia, murió en la ciudad de San Sebastián, España, lejos de sus compatriotas.⁷⁹⁷ Su hija, Carmen Mondragón, separada de su esposo Rodríguez Lozano, vivía un tórrido y escandaloso romance con el doctor Atl.

Francisco Cárdenas, uno de los asesinos materiales de Francisco I. Madero, jamás volvió a México. El gobierno de Carranza no pudo extraditarlo debido a que Manuel Estrada Cabrera se tornó en su enemigo. Si bien Cárdenas estuvo en prisión en Guatemala, salió de ella y vivió durante cinco años, participando en varios movimientos anticarrancistas junto con otros exiliados. Pero durante el derrocamiento de Estrada Cabrera, ocurrido en 1920, sucedió algo extraño. Se difundió que entre sus derroadores, figuraba nada menos que Francisco Cárdenas.⁷⁹⁸ En 1920, los sonorenses revivieron los trámites para extraditarlo, siendo arrestado, aprovechando que estaba metido en líos de faldas. Al otorgársele la libertad bajo fianza, Cárdenas trató de escapar a Costa Rica, pero el ejército guatemalteco lo capturó.⁷⁹⁹ Cuando iba escoltado a Guatemala, sacó un revólver de entre sus ropas y se pegó un tiro en la cabeza.

La edad avanzada, las enfermedades, la sospecha de que las masas populares estaban con Carranza, Obregón, Villa, Zapata, Juan Andrew Almazán, Marcelo Caraveo, y Manuel Peláez, entre otros factores, les indicaba a los exiliados que resultaría suicida cuanto movimiento contrarrevolucionario se armara en el exterior. Para concluir, en estos años se empezó a hablar de que el ejército “federal”, era una institución que sólo merecía desprecio. Es más, nadie quería ser asociado con los generales del extinto ejército federal ni con el Colegio Militar porfirista. En los libros de historia, sus autores indican que el nuevo ejército mexicano nada tiene que ver

⁷⁹⁷ Carlos Tello Díaz, *op. cit.*, p. 282.

⁷⁹⁸ Luis Alberto Sánchez, *op. cit.*, pp. 280-281.

⁷⁹⁹ Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 87n.

con el viejo ejército federal. Señalan que, el actual, es producto de la revolución encabezada por Carranza, Obregón, Pablo González, entre otros.⁸⁰⁰ Sobre el ejército federal, se dice que traicionó las instituciones, olvidó cuáles eran sus obligaciones, vinculó su suerte a un usurpador y, que por eso, se extinguió en 1914.

LOS INTELECTUALES HUERTISTAS

EL 17 DE septiembre de 1919, *Excélsior* anunció el inminente retorno de Federico Gamboa a México. Su esposa, María Sagasetta de Gamboa, enferma, lo esperaba en la madre patria. Efectivamente, previa solicitud y autorización del secretario de Gobernación, Aguirre Berlanga, se le permitió volver a México. Antes de abordar el barco, fue invitado a comer por Francisco Bulnes, quien vivía en un modesto cuarto amueblado, enfermo y en medio de una soledad espantosa. Mientras comían comida vegetariana en una fonda de portoseros, recordaron las épocas de abundancia, las desgracias y sufrimientos del exilio.⁸⁰¹ Al enterarse de la inminente partida de Gamboa, a José María Lozano, enfermo y deprimido, se le soltaron las lágrimas.⁸⁰² Con motivo de su partida, Francisco Olaguibel, José María Lozano, Esteban Maqueo Castellanos, Francisco Bulnes, Gonzalo Zúñiga, José Elguero, y otros, invitaron a comer a Gamboa, y al momento de despedirse, José María Lozano se alejó furtivamente del grupo, y a distancia, agitó un pañuelo indicativo del *adiós*, sin voltear la cara.⁸⁰³ Su alto cuerpo desgarrado, estaba vencido por la emoción. El 11 de octubre llegó Federico Gamboa a

⁸⁰⁰Un caso ilustrativo es el libro de Daniel Gutiérrez Santos, *Historia militar de México 1876-1914*, México, Ateneo, 1955.

⁸⁰¹Fernando Curiel, "Para leer a Bulnes", en Francisco Bulnes, *Las grandes mentiras de nuestra historia*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991, p. 14, Federico Gamboa, "Señor director de *El Universal*", en Francisco Bulnes, *Los grandes problemas de México*, México, Secretaría de la Reforma Agraria, 1981, pp. VII-XV y Norma de los Ríos, "Introducción" del libro *Francisco Bulnes*, México, Senado de la República, LIII Legislatura, 1987, p. 24.

⁸⁰²Federico Gamboa, *op. cit.*, t. VI, p. 620.

⁸⁰³*Ibidem*, pp. 626 y 627.



Veracruz. *Excélsior* dijo que al pisar tierra mexicana, Gamboa “lloró”, se inclinó y besó la arena, aunque él siempre lo negó.⁸⁰⁴

Ya en su hogar, lo que más le aterraba era que los funcionarios que tramitaron su retorno, lo obligaran a dar las gracias a Carranza. Cuando se le indicó que ello no era necesario, y que su retorno era sin condiciones, sintió un gran alivio y tranquilidad. Sobra decir que Gamboa jamás olvidó sus principios, pero en venganza, los gobiernos emanados de la revolución lo siguieron tratando mal. Todo esto, no obstante sus indudables méritos académicos y literarios. Prueba de ello, es que en 1923 ocupó la dirección de la Academia Mexicana de la Lengua. Durante la década de los veinte y de los treinta, vivió en una pobreza franciscana, fue cesado de una cátedra que dictaba en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, y por sus antecedentes huertistas, durante varios años el gobierno le negó la pensión que le correspondía por sus años en el servicio diplomático. Sus únicas satisfacciones fueron las reediciones de su novela *Santa* y su respectiva filmación. A la postre, su talento fue reconocido por la Universidad Nacional quien, en 1935, le otorgó el doctorado *Honoris causa*. Murió en 1939, a los 74 años de edad, sólo y amargado.⁸⁰⁵

En noviembre de 1920 Toribio Esquivel Obregón hizo gestiones ante el presidente Adolfo de la Huerta para que le permitieran volver al país, sin éxito alguno. La razón: su nombre aparecía mezclado con los sangrientos sucesos de la Decena Trágica. Su petición coincidía con la salida del país de Félix Díaz, rumbo nuevamente al destierro. Adolfo de la Huerta le hizo ver que podía regresar al país para vindicarse ante la prensa y ante los tribunales. En un largo cablegrama, Esquivel Obregón expresó que sus manos no estaban manchadas de sangre, y que exigía al gobierno una exoneración legal para bien de las personas que, como él, estaban exiliados por viles calumnias, las cuales sólo envenenaban la atmósfera política y social, y los privaba de volver a México a disfrutar de sus bienes legítimamente adquiridos. Adolfo de la Huerta le contestó que a

⁸⁰⁴ *Ibidem*, p. 633 y *El Universal*, 7 de octubre de 1919.

⁸⁰⁵ Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VII, p. 313.



ningún mexicano se le impedía volver al territorio nacional, y que los tribunales estaban abiertos para aclarar su papel en los acontecimientos de febrero de 1913.⁸⁰⁶ Esquivel Obregón analizó detenidamente la respuesta de Adolfo de la Huerta y decidió no volver a México. Según su propio testimonio, pasó once años en el destierro, lo que hace suponer que volvió a México hasta 1925, dispuesto a afrontar el estigma de reaccionario y de huertista, pero al fin, estaba en su patria.⁸⁰⁷

El 23 de julio de 1919, Heriberto Jara llegó a La Habana en su calidad de embajador, y anunció que Salvador Díaz Mirón podía regresar a México. Se dijo que el poeta tenía 65 años a cuestas, que se trataba de una gloria nacional, y que era una vergüenza que estuviera desterrado. Díaz Mirón nunca quiso hacer gestiones directas para que le permitieran regresar a México, porque no se consideraba un delincuente. De cualquier forma, sus amigos las hicieron. En los días siguientes, llegó a la legación de México en La Habana un mensaje de Carranza que decía: “Esta Presidencia a mi cargo dispone que se permita el regreso al país al poeta Salvador Díaz Mirón y al mismo tiempo se le restituyan sus bienes”. Efectivamente, el 13 de enero de 1920, el poeta arribó al puerto de Veracruz en el vapor María Cristina, siendo recibido en el muelle por sus familiares y un grupo de amigos, que lo acompañaron hasta su domicilio. A partir de entonces, vivió alejado de la política, del periodismo y también del mundo de las letras. En 1921, José Vasconcelos, secretario de Educación Pública, quiso traérselo a la capital y le ofreció algunas cátedras, pero el poeta las rehusó. El mismo año, en Congreso de la Unión dispuso concederle una pensión de trescientos pesos mensuales, que también declinó, argumentando que estaba en condiciones de ganarse la vida con su propio esfuerzo. El 12 de junio de 1928 falleció y, dos días después, el presidente de la república, Plutarco Elías Calles, firmó el decreto para darle sepultura en la Rotonda de los Hombres Ilustres.⁸⁰⁸

⁸⁰⁶ *El Universal*, 6 de noviembre de 1920.

⁸⁰⁷ Toribio Esquivel Obregón, *op. cit.*, p. 173.

⁸⁰⁸ Antonio Castro Leal, *op. cit.*, p. 51 y *Excélsior*, 14 de enero de 1920.

Tan decaído vivió Victoriano Salado Álvarez en su destierro en El Salvador, que en febrero de 1917 viajó a Costa Rica para hacer gestiones ante el encargado de negocios de México, para que le permitieran regresar a su país, jurando dedicarse enteramente a su profesión, y alejarse del todo de la política, topándose con que el citado funcionario le hizo saber que debía esperar la expedición de una Ley de Amnistía.⁸⁰⁹ Después de una serie de intentos fallidos por regresar a México, una convulsión de orden telúrico en El Salvador, apremió su salida, sólo para continuar su peregrinar hacia la ciudad de San Francisco, California, en donde por largos años plantó su tienda. Aún en 1922, se sospechaba que vivía en esta ciudad.⁸¹⁰

El 5 de noviembre de 1920 ancló en el puerto de Veracruz el vapor español “Patricio” y, entre sus viajeros, llegó Querido Moheno, quien declaró estar emocionado de volver a su patria después de seis años de ausencia. Dijo que regresaba a su patria, a la cual nunca había olvidado. Hizo público que no le interesaba más la política, y que se dedicaría a su vida privada. Inmediatamente abordó el tren rumbo a Córdoba, en donde permaneció un día, y luego continuó hacia la capital de la república.⁸¹¹ Francisco Bulnes, el iconoclasta por excelencia, que osó tumbar de su pedestal a varios de los grandes héroes nacionales, regresó a México y murió en 1924. Su nombre no figura entre los doctores *honoris causa* ni fue sepultado en la Rotonda de los Hombres Ilustres. Literalmente fue olvidado, lo que no quiere decir que haya sido menos importante que sus contemporáneos.

El 18 de julio de 1919 *Excélsior* hizo pública la noticia de que Gumersindo Enríquez, quien había sido gobernador del Estado de México, podía regresar a México, al igual que Federico Gamboa y

⁸⁰⁹José Ugarte a la Subsecretaría de Relaciones Exteriores, San José, Costa Rica, 19 de septiembre de 1917, en AHSRE, L-E-839(3).

⁸¹⁰José Rojas Garcidueñas, “Don Victoriano Salado Álvarez como diplomático”, en *op. cit.*, p. 585, Carlos González Peña, “Prólogo” a Victoriano Salado Álvarez, *Memorias*, Porrúa, México, 1985, p. XIX y José Emilio Pacheco, “Nota Preliminar”, a las *Memorias* citadas, p. XIII.

⁸¹¹*Excélsior*, 5 de noviembre de 1920 y *El Universal*, 5 y 22 de octubre de 1920.

Salvador Díaz Mirón. Apenas se enteró de la noticia, Gumersindo Enríquez se trasladó de inmediato de Barcelona a La Habana, y bajó del vapor en esta última ciudad, únicamente para saludar a Federico Gamboa. Sus hijos le habían arreglado su regreso, justo cuando ya no podía más con el destierro. Triste y acabado, muy viejo y atemorizado, no quería ver a nadie. Angustiado, no durmió en tierra en La Habana, sino que apenas saludó a Gamboa, y subió al barco que, por cierto, tardó entre uno y dos días para zarpar. Su anhelo era regresar a su tierra y arrinconarse con los suyos. Federico Gamboa lo acompañó hasta la escalera del barco en donde lo observó arrastrando los pies, descorazonado, vencido por las penas y los años. Era el símbolo vivo de “muchos” desterrados. Gamboa decía que así se hallaban todos los exiliados: “sin esperanzas, sin energías físicas ni morales, vencidos, irremisiblemente vencidos”.⁸¹²

A casi medio siglo de haber dejado el país, Aureliano Urrutia sondeó la posibilidad de regresar a México, y lo hizo en forma singular. En 1956 planeó donar una substancial cantidad de dólares para erigir una Escuela de Artes y Oficios, en Xochimilco, su terruño natal. Con bombo y platillo, se formó la “Sociedad Médica Aureliano Urrutia”, en el citado lugar. Después de esto, el aspirante a benefactor viajó de San Antonio, Texas, a la ciudad de México presto a cumplir con sus sueños. Pero Urrutia nunca llegó a la Venecia mexicana. Una voz amenazante le advirtió por teléfono al hotel en que se hospedaba: “Si se apersona en Xochimilco, lo matamos”. El mensaje lo dejó helado y abandonó de inmediato el país. Murió en 1975, en el destierro.⁸¹³

Con Obregón ya en el poder, José Elguero volvió a México. De repente, tuvo la ocurrencia de alabar a Obregón por haber dicho que no había general mexicano que resistiera un cañonazo de 50,000 pesos, y como lo dijo en letras de molde, el “manco de Celaya” montó en cólera, y Elguero tuvo que salir en estampida del país.⁸¹⁴

⁸¹²Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 616-617.

⁸¹³Manuel Servín Massieu y Raúl Ruiz Escobedo, “Aureliano Urrutia, ¿científico eminente o político asesino?”, en María Luisa Rodríguez Sala y José Omar Moncada Maya, *op. cit.*, 1995, pp. 141 y 156.

⁸¹⁴Joaquín García Pimentel, “III Elguero”, en José Elguero, *Ayer, hoy y mañana*, México, Polis, 1941, p. 23.

La estancia de Amado Nervo en el cuerpo diplomático al servicio del gobierno de Carranza duró menos de un año, ya que falleció en mayo de 1919, en Montevideo.⁸¹⁵ Como se trataba de un poeta de altos vuelos en el mundo de las letras españolas, el gobierno dispuso embalsamar su cadáver y traerlo a México para rendirle los honores correspondientes. Medio año más tarde, su cadáver fue traído a las costas mexicanas en el crucero argentino “Nueve de Julio”, escoltado por los cruceros Uruguay y Cuba. Miles y miles de habitantes de la ciudad de México acudieron a recibir el cadáver, en la estación ferroviaria de Buenavista, y se le depositó en una capilla ardiente en la Secretaría de Relaciones Exteriores. El pueblo desfiló y se calcula que no menos de 200,000 personas le rindieron los honores a este intelectual porfirista, colaborador de Victoriano Huerta, ahora reivindicado por Carranza. Su cadáver fue inhumado y, por disposición gubernamental, sepultado en la Rotonda de los Hombres Ilustres. La población hizo una valla que iba desde la sede de la Secretaría de Relaciones Exteriores, hasta el Panteón de Dolores. La ceremonia fue presidida por el secretario de Gobernación y los miembros del gabinete, excepto Luis Cabrera. Ante la fosa, Ezequiel A. Chávez, en representación de la Universidad Nacional, pronunció una emotiva oración fúnebre. Por cierto, que Chávez había vuelto del destierro.⁸¹⁶

Nemesio García Naranjo regresó en 1923, de su refugio en San Antonio, Texas, y mantuvo su postura disidente contra el gobierno mexicano. En 1926, con motivo del conflicto cristero, entró en choque frontal contra Calles, lo que le costó salir nuevamente exiliado.⁸¹⁷ Al igual que en 1914, salió del país junto con la cúpula de la iglesia católica. Sin embargo, regresó a México en 1934. Al inicio de la década de los sesenta escribía en la revista *Siempre!* de la que fue cofundador, y murió en 1963, a los 80 años de edad.

⁸¹⁵ *Revista Mexicana*, núm. 8, 31 de octubre de 1915.

⁸¹⁶ *Revista Mexicana*, San Antonio Texas, núm. 13, 5 de diciembre de 1915 y el núm. 195, del 2 de junio de 1919, *El Universal*, 25 de mayo y 15 de noviembre de 1919, *Excelsior*, 25 de mayo de 1919 y Javier Garcíadiego, *op. cit.*, p. 343.

⁸¹⁷ Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. IX.

Como se recordará, en agosto de 1914, José María Luján, junto con Eduardo N. Iturbide y José Refugio Velasco, entregaron la ciudad de México a los constitucionalistas. Para febrero de 1919, y previa autorización de Carranza, José María Luján, el ex subsecretario de Gobernación, dejó su destierro en La Habana y volvió a la ciudad de México.⁸¹⁸ En forma paralela, Eduardo N. Iturbide hizo lo mismo y personalmente le fue a dar las gracias a Carranza al Palacio Nacional. En su caso, el presidente se mostró muy cordial y le ofreció garantías y la ayuda necesaria para que reiniciara sus negocios. Por su parte, Iturbide prometió alejarse de la política.⁸¹⁹

Al regresar a su patria, no dejó de existir cierta hostilidad hacia estos intelectuales. Sus detractores fueron los intelectuales del nuevo régimen, quienes se encargaron de envenenar la mente de las nuevas generaciones de mexicanos, agitando el estigma de que eran “reaccionarios” y “huertistas”, y que no valían gran cosa. Lo deleznable es que, varios de ellos, también tenían un pasado huertista, como lo asienta Eduardo J. Correa en su libro sobre *El Partido Católico Nacional y sus directores*.⁸²⁰ A mediados de la década de los veinte, un grupo de escritores se propuso rendirle un homenaje a Salvador Díaz Mirón; pero la sola idea, provocó furibundos ataques del poeta Manuel Maples Arce y de Germán List Arzubide. Éste último dirigió el 15 de diciembre de 1925, una *Carta abierta a los revolucionarios*, en la que advertía que si se llevaba a cabo el homenaje a Salvador Díaz Mirón, se consumaría un ataque contra la Revolución. La razón: se trataba de un colaborador de Victoriano Huerta. La carta de marras afirmaba que con este pretexto, un grupo de reaccionarios, refugiados en *Excelsior*, pretendían llamar la atención pública a favor de los “falsos intelectuales del pasado”. List Arzubide advertía que las trampas de la reacción estaban cuidadosa-

⁸¹⁸Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 578.

⁸¹⁹Eduardo Iturbide, *op. cit.*, p. 189.

⁸²⁰Eduardo J. Correa, en *op. cit.*, menciona a Alfonso Teja Zabre, en la página 139, a José Juan Tablada en la 169, a Emeterio de la Garza Junior en la 185, a Antonio Mediz Bolio en la 213 y a Enrique C. Osornio en la 212. Por su parte, Alfonso Taracena enlista a Genaro Estrada, Genaro García y a José María Puig Cassauranc. Véase *LVRM (1912-1914)*, p. 201, 320 y 367 y *LVRM (1918-1921)*, p. 12.

mente preparadas, y que confundían hasta a los más lúcidos revolucionarios. Que casos como el de Díaz Mirón, un vulgar “versero” y asesino, eran bastante comunes en América Latina. Ejemplos: Santos Chocano, un ladrón y asesino, experto en adular tiranos, hasta deshonrar al Perú; Leopoldo Lugones, el panegirista de la espada y de la opresión, que también deshonró a la Argentina. Exactamente de la misma manera, había obrado en México, Salvador Díaz Mirón, el matón de Porfirio Díaz y luego, convertido en el fonógrafo de Victoriano Huerta.⁸²¹

Al igual que Salvador Díaz Mirón, otros intelectuales mencionados por Nemesio García Naranjo, terminaron sepultados en la Rotonda de los Hombres Ilustres. Se trata de Julián Carrillo, Manuel M. Ponce, Amado Nervo, Antonio Caso, Enrique González Martínez, José Juan Tablada y Luis G. Urbina. En 1916, José López Portillo fue designado director de la Academia Mexicana de la Lengua. A su regreso, otros intelectuales también pasaron a formar parte de la citada Academia. Se trata de Salvador Díaz Mirón, Luis G. Urbina, Federico Gamboa, Victoriano Salado Álvarez, Ezequiel A Chávez y Nemesio García Naranjo. Junto a ellos figuraron Antonio de la Peña y Reyes, Enrique González Martínez, Antonio Caso, Carlos González Peña y Enrique Martínez Sobral.

A la postre, otras personas vinculadas a Victoriano Huerta figuraron como miembros y directores de la Academia Nacional de Medicina. Fueron de los doctores José Terres, Manuel Toussaint, Julián Villarreal y Ulises Valdés. Por su parte, el arzobispo Francisco Plancarte y Navarrete, el obispo Ignacio Montes de Oca, Jesús Galindo y Villa y Luis González Obregón, fueron miembros fundadores de la Academia Mexicana de Historia. En 1920, Francisco A. de Icaza obtuvo el doctorado *Honoris causa* en la Universidad

⁸²¹ Citado por Antonio Castro Leal, *op. cit.*, p. 49. Para List Arzubide, si bien Díaz Mirón no había recibido su castigo, era porque se había exiliado en La Habana. Pero ahora que estaba de regreso, era necesario ajustar cuentas. Y concluyó expresando: “Revolucionarios: la reacción espía y está al acecho de cualquier pretexto para herir a la Revolución, y nuestra indiferencia frente a la pantomima ridícula con que nos quieren endiosar a un cómplice de su vileza, puede ser peligrosa. Desenmascaremos su farsa y preparémonos para castigar su desvergüenza.”



Nacional; en 1933, Antonio Caso; en el año de 1951, Enrique González Martínez, y también en 1951, Manuel Toussaint. Sus nombres se sumaron a otras dos personas que habían sido galardonadas en 1910, durante la fundación de la Universidad Nacional. Se trata de Ezequiel A. Chávez y de José Ives Limantour. En 1946 Antonio Caso agregó a su curriculum la calidad de profesor emérito y Ezequiel A. Chávez, en 1941. Al margen de los personajes citados por Nemesio García Naranjo, José Vasconcelos obtuvo el doctorado *honoris causa* en 1951.⁸²²

Al finalizar el mes de enero de 1920, el famoso doctor Atl, muy conocido por su oficio de pintor y sus teorías socialistas, y quien desde hacia tres años se había refugiado en Estados Unidos, fue expulsado por considerársele un peligroso propagandista bolchevique. Al enterarse de la determinación de las autoridades estadounidenses, y considerando que no podía volver a México, porque había atacado rudamente a Carranza, Gerardo Murillo resolvió dirigirse a Rusia, en donde se especulaba que sería bien recibido, ya que en aquel país estaban en boga las doctrinas que él profesaba. En tono burlón, la prensa mexicana decía que el doctor Atl era portador de las mejores referencias y recomendaciones, y que en Rusia, país de los antiguos zares, lo recibirían con los brazos abiertos.⁸²³

El exilio de Octavio Paz en Estados Unidos, terminó justo con el triunfo del Plan de Agua Prieta. El sucesor de Zapata, Gildardo Magaña, entró en tratos con Obregón, y Octavio Paz, y otros zapatistas desterrados, regresaron al país. A los pocos meses varios de ellos llegaron como diputados al Congreso de la Unión, destacando Octavio Paz. A propuesta de los diputados agraristas Antonio Díaz Soto y Gama y Octavio Paz, el 4 de octubre de 1921, la Cámara aprobó de manera casi unánime, la desaparición del nombre de Agustín de Iturbide de los muros del recinto parlamentario, La prensa hizo público que mediante un acto, al más puro estilo jacobino,

⁸²² Universidad Nacional Autónoma de México, *Ceremonia de investidura de profesores e investigadores eméritos y de doctores honoris causa*, México, 1996, pp. 51-56. Curiosamente esta publicación omite el nombre de Federico Gamboa.

⁸²³ *Excélsior*, 1o. de febrero de 1920 y Alfonso Taracena, *LVRM (1918-1921)*, p. 177.

el libertador de México dejó de ser héroe de la independencia. A las nueve de la noche del día 10 de octubre, los diputados habían salido del salón de sesiones y las luces aparecían apagadas. Sin embargo, quedaban en el recinto parlamentario algunos representantes del pueblo: Antonio Díaz Soto y Gama, Octavio Paz, Martín Barragán y otros. Como la obscuridad era densa, Soto y Gama llamó al electricista del edificio, José Refugio Hernández, y le ordenó que encendiera una rueda de foquillos del gran candil del salón. Su intención era arrancar las letras del nombre de Agustín de Iturbide. Octavio Paz llamó a un mozo, y lo envió a la cantina cercana, con el siguiente recado: “Isidro: le suplico me remita una botella de Martell cuatro letras y unas diez copitas que le serán devueltas. O. Paz”.

La ingestión del cognac les dio valor y a las once de la noche, llamaron otra vez al electricista del edificio, José Refugio Hernández para que, con un desarmador, desprendiera las letras de oro. Arrancó una a una sin dificultad y pretendió ponerlas en manos de Martín Barragán, pero Soto y Gama se indignó, y determinó que las letras fueran arrojadas al suelo. Un eco metálico resonó en el recinto seguido del ruido que producían las patadas que daban los diputados. Las demás letras fueron cayendo al suelo, en tanto que Soto y Gama y Octavio Paz, vigilaban que no hubiera periodistas ocultos entre las sombras. Las copas de cognac circularon, y finalmente, junto con las letras, rodaron por el piso la botella y las copitas. Las letras fueron recogidas por el intendente Enrique Quintana, y los diputados le hicieron ver que quedaban bajo su estricto cuidado y responsabilidad. Y que si alguna de ellas desaparecía, ante la Ley y ante la Historia, Quintana sería el único responsable. Una vez consumada su obra, y consumida la botella de cognac, Soto y Gama, Paz, Barragán y otros, salieron a la calle para continuar festejando su hazaña.⁸²⁴

Para 1922, Ernesto Madero estaba literalmente en bancarrota. Gran parte de su fortuna la había gastado apoyando a Francisco

⁸²⁴*Excélsior*, 6, 8 y 11 de octubre de 1921 y Alfonso Taracena, *LVRM (1918-1921)*, p. 371.



Villa, lo que a la postre le provocó el odio de Carranza. En 1923, el clima político cambió, y Emilio Madero González, hermano de Francisco I. Madero, el presidente asesinado, consiguió la autorización de Álvaro Obregón para que Ernesto Madero volviera a México.⁸²⁵ Al ser asesinado Carranza en 1920, Martín Luis Guzmán regresó a México para asumir la jefatura de la sección editorial *El Heraldo de México* y convertirse en secretario particular de su amigo Alberto J. Pani.⁸²⁶ En homenaje al caudillo por el cual luchó durante la revolución, escribió *Las memorias de Pancho Villa*. Más tarde se consagró con una obra maestra, *La sombra del caudillo*, entre otras.

EL MEDIO ARTÍSTICO Y LA TAUROMAQUIA

AL DESPUNTAR el año de 1919, Manuel M. Ponce y Julián Carrillo habían vuelto a México, sin que Carranza ni la población los hostilizara. Precisamente por estas fechas, formaban parte de la comitiva que esperaba al violonchelista español Pablo Casals, el cual viajaba por ferrocarril desde Laredo, Texas, hasta la ciudad de México. Casals, venía a dar una serie de conciertos, y sus amigos mexicanos fungían como sus anfitriones. No se sabe en qué momento regresó a México el actor Luis Barreiro, pero en septiembre de 1918, promovieron para él una función a su beneficio en el teatro Virginia Fábregas, siendo calificado como un excelente director teatral.⁸²⁷ Como otros elementos del medio artístico, empezó a trabajar sin mayores problemas. De cualquier forma, Barreiro tuvo oportunidad de participar en los inicios del cine mexicano. Quien también regresó a México, y al poco tiempo volvió a las andadas, fue el autor teatral José E. Elizondo. Como se recordará, en 1913 estrenó *El país de la metralla*, lo cual provocó el enojo de los carrancistas y su exilio en La Habana. Para 1920 estaba en México y junto

⁸²⁵ María José García Gómez, "El exilio costoso: actividades políticas y financieras de la familia Madero en los Estados Unidos, 1913-1923", citada.

⁸²⁶ Bruce-Novoa, "Estudio introductorio", en Martín Luis Guzmán, *op. cit.*, pp. xvi-xviii.

⁸²⁷ *El Universal*, 7 de septiembre de 1918.

con el compositor Eduardo Vigil y Robles, estrenó en el Teatro Principal una obra de tipo político llamada *19-20*, en cuya decoración aparecía la majestuosa catedral de Reims. Según Armando de María y Campos, en la obra figuraban segundas tiples y cada una llevaba sobre el pecho una letra grande con la que formaban el nombre de dicha catedral y en un momento indicado, giraban para quedar de espaldas al público, mostrando otras letras en las que se leía el nombre de Porfirio Díaz. La noche del estreno el público aplaudió a rabiar este truco de Elizondo.

Esta provocación se supo por todos lados, y en los días siguientes, Adolfo León Osorio, al frente de medio centenar de hombres, penetró al Teatro Principal, armando tremendo escándalo. Su objetivo era sabotear la obra que desde el día de su estreno, no había merecido más que aplausos. A una señal de León Osorio, sus comparsas empezaron a gritar mueras y a lanzar injurias contra Elizondo. Algunos diputados y senadores, presentes en la función, secundaron a los escandalosos. Pero una parte del público protestó enérgicamente por la actitud de los provocadores, y se inició una batalla campal. La policía resultó insuficiente para controlar a unos y a otros, y el zafarrancho se generalizó. Algunos de los rijosos profirieron frases subversivas contra las autoridades e incluso llamados a la rebelión. Fue entonces que la policía ordenó la suspensión de la obra. En forma casi inmediata, se presentó un piquete de soldados y aprehendieron a los más escandalosos remitiéndolos a la cuarta delegación de Policía.

En la Inspección General de Policía quedaron recluidos el maestro Vigil y Robles, autor de la música de la revista, el cómico Luis G. Barreiro, el director de escena, Eduardo Pastor, y se giró orden de captura contra José F. Elizondo que, gracias a un aviso oportuno, se ocultó y no fue detenido. Además de ello, el Teatro Principal fue clausurado. Interrogado Luis Cabrera sobre el particular, opinó que se trataba de un acto de rebelión, del deseo de algunos reaccionarios por restaurar cosas idas para siempre, y de desprestigiar a la revolución.⁸²⁸ Leopoldo Beristáin también regresó a Méxi-

⁸²⁸ *Excélsior*, 4 de enero de 1920, Armando de María y Campos, *op. cit.*, pp. 241-242 y Alfonso Taracena, *LVRM (1918-1921)*, pp. 174-175.



co. Trabajó en el Teatro Lírico, en El Principal, en el Colón y en el María Guerrero, realizó largas y brillantes temporadas, pero jamás volvió a ser el de antes. Poco a poco se fue apagando, se enfermó de diabetes, perdió bríos y se hundió en las sombras de lo que fue.⁸²⁹

Para Rodolfo Gaona, el destierro, primero le significó sendos triunfos, y luego, rotundos fracasos. En 1919 se consumó su fracaso más sonado en la madre patria, y buscó regresar a México. Para su fortuna, tuvo noticias de que Carranza había permitido nuevamente las corridas de toros. Efectivamente, en vísperas de su asesinato, Carranza derogó el decreto que por varios años privó a la afición mexicana de la fiesta brava. Para mayor suerte, Adolfo de la Huerta, brindó amplio apoyo al espectáculo taurino, y ofreció garantías a Rodolfo Gaona para que retornara a México.⁸³⁰ Abordó el ferrocarril, junto con su esposa y un hijo que aquí había nacido. La ruta que siguió fue Francia, Nueva York, y en octubre de 1920, después de seis años de ausencia, Gaona retornaba a suelo patrio. Para su fortuna, durante su ausencia el público no lo había olvidado, y nadie le reprochó su amistad con Victoriano Huerta.

LOS QUE SE NEGARON A VOLVER

PERO OTROS exiliados, francamente se negaron volver a México como fue el caso de Olegario Molina. Desde La Habana, en su residencia en la zona dorada de El Vedado, tuvo la oportunidad de observar el declive del negocio del henequén, el inicio del reparto agrario, la inminente catástrofe de la economía yucateca, hasta el 25 de abril de 1925 que falleció, a la edad de 82 años. Al igual que años antes había ocurrido con el rey del pulque, Ignacio Torres Adalid, sus restos fueron traídos a México para darles cristiana sepultura. Eran los tiempos en que gobernaba el país Plutarco Elías Calles, y las autoridades de Yucatán y el pueblo, no tuvieron inconveniente en rendirle tributo y toda clase de honores al ex go-

⁸²⁹ Armando de María y Campos, *op. cit.*, pp. 76-79.

⁸³⁰ Guillermo Ernesto Padilla, *op. cit.*, pp. 316 y 319, y Rodolfo Gaona, *op. cit.*, pp. 175, 183, 187 y 253-255.



bernador porfirista. A la par del recibimiento de sus restos, el alcalde de Mérida bautizó la calle 59, donde Olegario vivió, con su nombre. Semanas más tarde, y en cumplimiento de su testamento, su familia entregó a la Universidad del Estado su biblioteca, al gobierno local 200 000 pesos para obras de beneficencia, recursos para fundar una escuela de hombres y otra para mujeres, y un fondo económico suficiente para becar a hijos de familias pobres.⁸³¹

En marzo de 1918 corrió el rumor de que José Yves Limantour había solicitado permiso a Carranza para volver a México, lo cual resultó falso.⁸³² Los grupos revolucionarios le tomaron una profunda aversión, asociando su nombre a toda clase de corruptelas en su paso por la Secretaría de Hacienda durante el porfiriato. Vivió casi un cuarto de siglo en París, hasta que murió en agosto de 1935.⁸³³ Caso parecido es el de Pablo Macedo quien también murió desterrado, concretamente en 1918, en la ciudad de Madrid. A diferencia de los anteriores, Fernando Pimentel y Fagoaga, intelectual y empresario, pudo volver a la ciudad de México, y en 1924 reanudó sus actividades financieras y de bienes raíces.

TODO TERMINÓ

PARA LA mayor parte de los exiliados, este peregrinar terminó en 1920 con la rebelión de Agua Prieta. Los problemas económicos, de salud, la soledad, los empleos mal remunerados, que muchas veces no estaban a la altura de su talento y preparación, amén de la hostilidad de que eran víctimas, los indujo a anhelar el retorno a la madre patria. Desde 1918, y con profundo dolor le pidieron autorización a Carranza para regresar a México. En forma gradual, el gobierno les dio el visto bueno, y la prensa consignaba en sus páginas, el retorno de prominentes “reaccionarios” o “contrarrevolucionarios”, estigma que ni con la muerte se quitarían. En México, su

⁸³¹ Carlos Tello Díaz, *op. cit.*, pp. 251-253 y 295.

⁸³² *El Universal*, 17, 18 de marzo y 1o. de septiembre de 1919.

⁸³³ Carlos Tello Díaz, *op. cit.*, pp. 36 y 388.



fortuna se había esfumado, sus casas y propiedades estaban perdidas, y de sus viejos empleos, no quedaban más que los recuerdos. Pocos fueron los que recuperaron sus empleos y su vieja posición social. En su mayor parte tuvieron que bregar para ganarse la vida ejerciendo empleos de segundo nivel, tan mal remunerados como los del exilio. Por cierto que no pocos de quienes los acusaban de porfiristas y huertistas, también lo habían sido, pero ahora estaban en el poder, fingían amnesia y se esmeraban en borrar su pasado.

Es probable que durante el exilio, que en términos generales duró un lustro, algunos mexicanos se hayan llevado parte de su fortuna. Por desgracia no lo sabemos, pero pudo haber ocurrido en Cuba en donde las colonias mexicanas fueron importantes, asimismo en París, en donde se radicaron las personas más adineradas. También es probable que algunos de los hijos de los desterrados se hayan casado en el extranjero y jamás regresaran a México.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS